

COMENTARIO DE ROBERTO BOSCA

Un reciente informe de la Santa Sede¹, formula algunas consideraciones sobre la increencia como un fenómeno que merece ser atendido, en tanto aparece como un nuevo dato de la vida social en los países de antigua tradición cristiana.

De otra parte, y de modo particular, en estos años que estamos viviendo de comienzos del nuevo siglo se ha renovado la discusión sobre el evolucionismo a partir de la teoría del Diseño Inteligente (*Intelligent Design* (ID)), sin que esta controversia haya todavía dado algún resultado mas o menos claro², a pesar de la polvareda levantada sobre todo en los ambientes científicos, filosóficos y teológicos de los Estados Unidos.

En otra perspectiva, el pensamiento anglosajón ha producido una multitud de ensayos de variada calidad a los que unifica una mirada fuertemente crítica sobre las religiones. Si bien la prédica de estos autores, como Daniel Dennet, Richard Dawkins, Sam Harris, Christopher Hitchens y A. C. Grayling, por no citar sino los más conocidos³, algunas veces interpela a las religiones en sí mismas consideradas en cuanto estructuras de un poder supuestamente dominador del espíritu humano, en otras ocasiones lo que ella hace es formular un cuestionamiento no ya de la religión *in se* sino del clericalismo o injerencia indebida de lo religioso sobre la vida social. En este punto nos encontraríamos ante el tema del laicismo y de la laicidad a la que dedicamos nuestra sesión anterior.

Otros diversos trabajos aparecidos en numerosas publicaciones científicas me parece que acreditan realizar un enfoque analítico de la exposición de *Textos Rebelados*, de Fernando Lozada. Las siguientes reflexiones apuntan a una consideración de estos textos en una sensibilidad dialógica de intercambio franco de pareceres que sitúe a creyentes e increyentes en una común y honesta búsqueda de la verdad.

En tal dirección, no se trata propiamente de un trabajo de corte académico, como podría serlo del género ensayístico, con el típico estilo de argumentación, fundamentación e inclusión de fuentes en primer lugar bibliográficas, sino que se trata en este caso de una exposición argumental directa que técnicamente se denomina un “libelo”.

El término es aquí empleado en el sentido de escrito breve, que aunque por su lenguaje no es directamente injurioso en sí mismo, podemos decir que sí en cambio reúne la característica propia del género de ser difamatorio, independientemente de la pretensión del autor, que ciertamente aquí no se juzga. La difamación consiste en articular a la religión como un mal, exactamente de manera inversa a como en el pasado las religiones consideraron también a la increencia como un mal absoluto.

Este carácter se evidencia en cuanto el libelo tiende a desarticular algunas trazas fundamentales propias de la estructura religiosa, con la consecuencia directa de quitar al dato religioso toda seriedad que permita acreditarlo como propiamente humano.

El texto revela por otra parte la sensibilidad militante del autor, un activista que apunta a brindar con su trabajo un resumen de su labor de actualización de algunos argumentos

¹ Cfr. Pontificio Consejo para la Cultura, *La fe cristiana ante la creencia religiosa*, en <http://www.vatican.va> (Consultado 25-VI-12).

² Un equilibrado balance de esta cuestión puede leerse en Santiago Collado, “análisis del Diseño Inteligente” en *Scripta Theologica*, 39, 2007:, 573-605

³ Para un penetrante análisis de la actual impostación ateísta, cfr. Francisco Conesa, “El nuevo ateísmo: exposición y análisis”, en *Scripta Theologica*, 43, 2011: 547-592.

antirreligiosos con un sentido didáctico dirigido a un público amplio. Probablemente debido a esta pretensión el ensayo se resiente de algunas inevitables simplificaciones.

En tal sentido, la argumentación diferencia la propia profesión de fe en el ateísmo de supuestas reglas religiosas que aunque así se las presente en el trabajo, en rigor no siempre son tales, aunque sean consideradas auténticas por el autor, o bien éste adjudica de una manera demasiado simplista -seguramente llevado por dicho afán de síntesis- diferencias entre la creencia y la increencia también poco precisas e incluso inexactas, como cuando afirma que el objeto de los creyentes es el paraíso, y el de los ateos, disfrutar de la vida. No hay contradicción entre uno y otro, salvo que se los malentienda en un sentido excluyente. Debe puntualizarse que ser religioso o el ser creyente en modo alguno impide el amor del mundo y la fruición de sus bondades.

Cabe advertir para empezar que el citado informe sobre el estado de la increencia en el mundo actual concluye que ella no está creciendo en un nivel global sino que se trata de un fenómeno característico sobre todo del área occidental atlántica, aunque el modelo cultural que ella inspira se extiende a través de la globalización, ejerciendo una notoria influencia sobre las diferentes culturas del mundo, que se traduce en una erosión de la religiosidad popular.

Recuerdo aquí que la visión que describe el proceso reduccionista de lo religioso a un espacio político y social determinado fue puntualizada en nuestra última reunión donde tratamos la problemática de la laicidad por el embajador Luis Mendiola, quien hizo notar que la secularización y la valoración de la autonomía relativa de lo temporal es una iniciativa propia de la civilización occidental pero socialmente poco relevante en gran parte del resto del orbe, una geografía que reúne una significativa porción de la población mundial.

El ateísmo militante y hostil de matriz filosófica es un fenómeno relativamente reciente en la historia de la humanidad, que recién alcanzaría a tener una real vigencia social desde su irrupción en la modernidad, primero en el Renacimiento y después cuando comenzaron a ganar amplios espacios culturales los nuevos planteamientos del racionalismo ilustrado que habría buscado erradicar desde un proyecto político o ideológico la dimensión religiosa de la existencia humana.

Pero este agnosticismo y este ateísmo se verían no obstante en buena parte superados y perdieron su antigua dinamicidad con el declinar de las ideologías y la posterior irrupción de la llamada nueva religiosidad. Dicho cuadro también tuvo y tiene como escenario la República Argentina⁴.

En efecto, en estos momentos y desde hace aproximadamente medio siglo, en forma conjunta con el proceso de secularización ha comenzado a expandirse también un nuevo periodo de *revival* religioso. Pero a menudo, este despertar espiritual se convierte en una forma de actuar autónoma y sin ningún lazo con los contenidos de la fe y de la moral sostenidas por una iglesia o una religión determinada.

Además de ese nuevo despertar espiritualista, aunque de signo inmanente, se está produciendo en estos momentos también un *crescendo* todavía muy reducido a algunos grupos intelectuales de un ateísmo o más específicamente de un antiteísmo militante de nuevo cuño.

⁴ Esta situación se vería anticipada por un renacimiento religioso que en nuestro país alcanzaría altos índices como puede verificarse en la altísima concurrencia alcanzada en las asambleas eucarísticas realizadas por la iglesia católica durante el siglo pasado: la menos numerosa de ellas contabilizó cuatrocientas mil personas y el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, punto cenital de este fenómeno, llegó al millón y medio. Cfr. José Assaf, "Decadencia de la incredulidad", en *Criterio*, 359, 17-I-35, 63 y ss.

De otra parte, en forma paralela creció también de una manera verdaderamente exponencial el ateísmo práctico que se expresa en la indiferencia religiosa. El materialismo dialéctico y el materialismo histórico dejaron lugar así al materialismo fáctico por el cual una gran parte de las sociedades secularizadas vive sin referencia a una autoridad o a unos valores religiosos.

Paradójicamente, la 'fe' en el ateísmo no supera niveles del orden de sólo un 1 o un 2%, es decir que según la encuesta más reciente sobre las creencias religiosas, por ejemplo, en nuestro país, nueve de cada diez personas dijeron creer en Dios⁵, pero hay un notable incremento de la indiferencia y una disminución del debate y el diálogo bien informados.

En los pliegues del nuevo ateísmo asoma el *odium religionis*, hoy cada vez más presente en una reciente producción de literatura a la que distingue una especial y creciente inquina contra la religión en sí misma considerada⁶, a la que han contribuido en no escasa medida actitudes incoherentes de los mismos fieles cristianos con su propia fe religiosa.

De este modo, las creencias religiosas, equiparadas a cualquier superstición o a la magia, son caracterizadas directamente como un atavismo o una irracionalidad impresentable a cualquier mentalidad moderna y en todo caso siempre se apunta su carácter limitante de la plenitud de la existencia humana.

Sin embargo, debe reconocerse que tras estos crecientes cuestionamientos a las religiones que han cimentado toda la historia del género humano, se encuentran también elementos de verdad que deben ser considerados como lo ha puesto de relieve el propio actual magisterio eclesiástico de la iglesia católica, todavía mayoritaria en la Argentina.

El planteamiento maduro deseable para guiar la relación entre creyentes e increyentes podría condensarse en una fórmula que constituye todo un desafío, no sólo para los fieles cristianos, sino para todo creyente en una religión y aun para los ateos: la fe purifica la razón⁷, impidiéndole los desvaríos que la pueden acometer cuando se encuentra librada a sí misma, como nos muestra el penoso escenario del siglo que acabamos de terminar, pero también la razón purifica la fe cuando la preserva de los ilegítimos fideísmos y fundamentalismos que constituyen una verdadera enfermedad del auténtico espíritu religioso. En esta síntesis se centra el nudo de la cuestión.

En tal sentido, *Textos Rebelados* constituye un instrumento de trabajo que permite centrar nuestra atención en la necesidad de purificar las creencias religiosas mediante un ejercicio desprejuiciado y libre de la propia racionalidad que nos constituye como seres humanos.

De este modo parece conformarse una creciente convicción de que las religiones deberían abandonar por ejemplo el prejuicio de que el ateísmo está necesariamente unido a un planteamiento destructor de toda forma de estructura ética de la vida social.

En un sentido similar, las religiones deben reconocer que la cultura promovida por ellas ha llevado a que durante demasiado tiempo la increencia haya sido considerada negativamente por las culturas en ellas inspiradas y que esa disvaliosidad ha tenido por lo general un sentido descalificante para las personas, que han sufrido persecución y dolor por tener que defender las convicciones de su conciencia. Esta misma historia de actitudes intemperantes por parte de las religiones en cierto modo explica la agresividad que las nuevas corrientes ateísticas presentan ante el valor religioso.

⁵ Cfr. Fortunato Mallimaci, (dir.): *Primera encuesta sobre creencias y actitudes religiosas en Argentina*, CEIL-PIETTE-CONICET, Bs. As., agosto 2008. Según otra reciente encuesta española e porcentaje es mayor, puesto que el 13.1% de la población se declara no creyente.

⁶ Cfr. Rafael Gómez Pérez, *La minoría cristiana*, Rialp, Madrid, 1976, 197 y ss.

⁷ Cfr. BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*, 28.

Al mismo tiempo, las religiones estiman que debe respetarse la dimensión religiosa de la existencia humana no solamente a nivel individual sino también social, como corresponde a la naturaleza precisamente social del hombre. Este es el sentido de la libertad religiosa: la inmunidad de coacción en materia religiosa, o sea que las religiones respeten a quienes no profesan la propia fe, incluyendo a los increyentes, y que quienes no participen de esa creencia respeten a su vez el despliegue de las religiones en la vida social.

Es un hecho y un dato de la realidad también que los fieles cristianos se encuentran en algunas ocasiones siendo objeto de agresiones por parte de los increyentes tanto como algunos grupos fundamentalistas expresan aun hoy una actitud hostil hacia esos mismos increyentes.

También debe decirse que, bastantes de los ateos actuales, que más propiamente deberían denominarse antiteos o antiteístas, a menudo incurren en generalizaciones inexactas, atribuyendo a las creencias religiosas ser el producto de fantasías irracionales o de un autoritarismo irrespetuoso del pensamiento libre. Tal parecer se explica por un verdadero desconocimiento de la naturaleza del hecho religioso y en ocasiones por un simple y vulgar prejuicio.

Es así que tanto creyentes como increyentes perjudican a sus propias convicciones cuando se resisten a abandonar el prejuicio que ambos sustentan. El prejuicio es a menudo adjudicado por los increyentes a los creyentes, pero la actitud prejuiciosa no es algo privativo de la creencia religiosa sino en todo caso una enfermedad de la misma, como lo es también de la actitud increyente. El prejuicio no es privativo de una determinada forma de pensar religiosa o irreligiosa, sino que es un vicio del espíritu humano, cualquiera sea su actitud ante la religión.

Karl Popper calificó irónicamente de “materialismo promisorio” la falsa pretensión de un mesianismo cientificista de los nuevos ateístas, sobre todo científicos, y algunos de ellos eminentes, de que la ciencia proporcione una explicación completa de todos los fenómenos del mundo natural y de todas nuestras experiencias subjetivas, no sólo de las percepciones sobre la belleza, sino también de nuestros pensamientos, imaginaciones, sueños, emociones, y creencias, hasta del mismo amor y todas las expresiones intangibles del espíritu humano. El Premio Nobel John Eccles ha calificado tal actitud como una superstición biologicista, puntualizado que en rigor aunque esta formulación pueda ser expresada por un científico, éste estaría aquí actuando en realidad como el profeta de una creencia enmascarado de científico⁸.

No puede descartarse, por supuesto, que la vida se haya formado a partir de la materia inorgánica, pero ello constituye una hipótesis que encierra dificultades científicas no pequeñas. Si esta hipótesis es convertida en un dogma, entonces estamos nuevamente ante un preconcepto o un nuevo prejuicio materialista tan inaceptable o tan aceptable como el fundamentalismo literalista bíblico. No se pueden llevar las hipótesis científicas fuera de su campo específico sin incurrir en un visible abuso.

Finalmente, me parece importante hacer un llamado a los teólogos, muchas veces huérfanos de un conocimiento del progreso científico que les impide un diálogo necesario entre la fe y la ciencia. La teología no teme a la ciencia como una creencia popular bastante difundida sostiene, sino todo lo contrario. La ciencia moderna no nació en ambientes ateos sino profundamente religiosos, incluso en los conventos, de la mano de doctos frailes, ésa es la realidad que muchas veces interesadamente se pretende esconder u olvidar.

Para terminar, y como un resumen conclusivo de estas reflexiones podría formularse un llamado a los ateos para que no sean tan prejuiciosos como lo son indiscutiblemente ciertos espíritus fundamentalistas y conozcan realmente de qué están hablando cuando hacen una crítica

⁸ Cfr. Mariano Artigas, *Las fronteras del evolucionismo*, Libros MC, Madrid, 1985, 6, 71 y 172. Cfr. también, 136.

a la religión, porque los teólogos muchas veces se quejan de que lo que los ateos cuestionan fantasmas de la religión más que a la religión en sí misma, y puede suceder que estén luchando contra molinos de viento creyendo que se trata de monstruosos gigantes que en realidad no existen.

Hay en este sentido mucha pólvora gastada en chimangos, porque cuando se afirma desde una actitud antiteísta por ejemplo que los espíritus religiosos por la culpa nos manipulan y por el miedo nos dominan, eso puede estar refiriéndose a una caricatura de la religión como si fuera un dibujo animado pero no a la religión en sí misma. Una cosa es el espíritu deportivo y otra la corrupción de las barras bravas, pero el comportamiento de ellas no es el deporte.

El diálogo entre la fe y la ciencia es uno de los retos abiertos en nuestra contemporaneidad que depende de la madurez con que creyentes e increyentes planteen sus respectivas maneras de encarar una espinosa cuestión. El teólogo que escucha las conclusiones del conocimiento científico está en mejores condiciones de dar razón de su fe. El científico que clausura *ab initio* cualquier posibilidad de una significación trascendente de la existencia humana en el mundo corre el riesgo de un solipsismo tan negativo como el que históricamente han incurrido tantas veces las religiones.

Existen numerosos asuntos de interés común que permiten abrir enriquecedoras instancias de diálogo tanto para creyentes como para increyentes, todos miembros de la gran familia humana, basados ambos en la centralidad de la persona. Por eso merece la pena detenerse a reflexionar sobre las bases mismas de la confrontación, con el objeto de que ella sea menos hostil, más amistosa y sobre todo más rica en enseñanzas para todos⁹.

⁹ Cfr. Juan Arana, "Temas centrales del diálogo ciencia-fe en la actualidad", en *Scripta Theologica*, 39, 2007/2: 479-494.